

# **La identidad genérica**

## **Gregorio Escalante**

**Centro de Investigaciones Psicológicas. ULA**

### **Hacia la diferenciación sexual**

Un feto con cromosomas XX no suele producir andrógeno y el resultado es una hembra. Un feto con cromosomas XY sí produce andrógeno y el resultado es un varón. Al nacer y sobre la base de los órganos externos observados, el médico declara al bebé de un sexo o del otro\*. La madre, que generalmente ha puesto especial cuidado en la selección del color adecuado de la manta y de los esarpines, vuelve a considerar la asignación de un nombre, pasa luego a estructurar un cierto formato en el cuidado del bebé y practica un determinado estilo en las verbalizaciones. Este hecho, que parece ser la cosa más sencilla y mejor sabida del mundo, produce con el tiempo un sinnúmero de consecuencias entre hombres y mujeres que comienzan, precisamente, con un trato diferencial, culturalmente respaldado.

En la etapa prenatal las hormonas son extremadamente importantes en la diferenciación sexual del feto. A las 6-8 semanas del desarrollo embrionario, los órganos reproductores internos (testículos u ovarios) se desarrollan en respuesta a la presencia o ausencia del cromosoma Y. Es cuando se inicia la producción de hormonas y ocurre la verdadera diferenciación. Las hormonas básicas directamente relacionadas con la reproducción y la conducta sexual en hombres y mujeres son andrógeno, estrógeno y testosterona. El andrógeno suele ser llamado la hormona masculina y el estrógeno y la progesterona denominadas hormonas femeninas. Y sus efectos sobre el funcionamiento corporal van a depender tanto de la etapa del desarrollo como de la biología del individuo.

A las 10-12 semanas de vida prenatal, si uno de los andrógenos (la testosterona) es producida, entonces los órganos externos masculinos (uretra, escroto, pene, vesículas seminales, ductos eyaculatorios) se desarrollan. Si no se produce testosterona entonces los órganos sexuales femeninos (labios menores y mayores, clítoris, útero, tubos de falopio) son los que van a desarrollarse. Si la producción de hormonas no es la adecuada o si la madre las recibe durante el período crítico (entre el segundo y el tercer mes prenatal) el resultado puede ser un bebé con anomalías sexuales. Si un feto genéticamente femenino es expuesto a la administración de andrógeno, el desarrollo estructural continuará pero se producirán órganos sexuales externos masculinos. Es lo que ocurre durante el llamado síndrome adrenogenital, cuando la producción de andrógeno fetal es excesiva debido a un funcionamiento anormal de la glándula adrenocortical. Igualmente, si a un feto genéticamente masculino se le priva de andrógeno, el resultado será un sistema sexual femenino (Basow, 1980).

En la mujer los ovarios son la mayor fuente productora de estrógeno. Y el corpus luteum (especie de saco que envuelve al óvulo durante el ciclo menstrual) produce grandes cantidades de progesterona. En los hombres la fuente básica de producción de andrógeno son los testículos. Un andrógeno muy importante es la testosterona, producida por los testículos del macho adulto y responsable por el desarrollo y mantenimiento de los órganos sexuales y de las características sexuales secundarias masculinas como el desarrollo muscular, crecimiento de la barba, tono de la voz, etc. Andrógeno y testosterona son a veces términos intercambiables. Ambos sexos poseen estas hormonas, pero en las mujeres hay más estrógeno y progesterona mientras que en el hombre el andrógeno es más abundante.

---

\* Además de los patrones genéticos normales (XY para varones y XX para hembras) ocasionalmente suelen producirse ciertas anomalías en las cuales el individuo es producido con solamente un cromosoma X (XO) o 3X (XXX), o un cromosoma Y extra (XYY o XXY). La presencia o ausencia del cromosoma Y es determinante en el desarrollo de los órganos sexuales. Si la persona nace con un patrón cromosómico XYY o XXY desarrollará un testículo; si nace con un patrón XO o XXX, entonces desarrollará un ovario.

Los niveles hormonales varían considerablemente y dependiendo de la hora del día una muestra puede revelar niveles particularmente altos o bajos. Esas fluctuaciones diarias resultan especialmente problemáticas en la determinación de relaciones entre niveles hormonales y conducta sexual. De todos modos se cree que los niveles de andrógeno están relacionados en hombres y mujeres con la conducta sexual y la agresión y también se piensa que hay relación entre niveles de testosterona y agresividad física (Véase Moyer, 1974 y también Gregory, 1987: 703). Tales afirmaciones deben ser consideradas cuidadosamente, pues realmente no se sabe si la agresividad es producida por los niveles de testosterona o si estos niveles son mas bien un resultado directo de la agresividad.

Otro período crítico en el desarrollo de la identidad genérica ocurre más o menos a los 18 meses, cuando se inicia la adquisición del lenguaje. Entre los 3-4 años la identidad es consolidada dependiendo de lo consistentes que hayan sido las prácticas de crianza. Cualquier intento de cambiar la identidad genérica después de adquirido el lenguaje generalmente termina en fracaso y puede conducir a serios problemas emocionales. En el caso del transexualismo pareciera que estos individuos no formaron la identidad genérica de su sexo biológico en esta etapa. No está del todo claro si la deficiencia se origina en los modelos de crianza, otros factores externos o alguna predisposición fundada antes del nacimiento. Durante los años de la niñez hay pocas diferencias hormonales entre niños y niñas. Las variaciones aparecen durante la pubertad al producirse la emergencia de las características sexuales secundarias básicas en la diferenciación formal de ambos sexos.

En parte por razones de tipo social y en parte debido a sus propias condiciones biológicas, lo cierto es que hembras y varones desarrollan notables diferencias físicas y psicológicas que no solamente influyen el desarrollo de la identidad genérica en ambos sexos, sino que también crean grandes discontinuidades en el plano de la apreciación social, muchas veces generadoras de niveles de discusión variables. Y hay notables diferencias que, de alguna manera, apuntan a una plena diferenciación. En muchos países los hombres viven menos que las mujeres. Los hombres alcanzan su madurez física unos dos años y medio después que las hembras. En casi todas partes el varón promedio es más alto, más pesado y más fuerte que la hembra. Al mismo tiempo, la mujer promedio en ciertos países es más alta que la mujer promedio en otros.

Habría que admitir que muchas de las diferencias aparecen fuertemente asociadas al contexto biológico. Otras son simplemente el reflejo del contexto social, y así deben ser examinadas. En realidad varias de las diferencias atribuidas a los sexos no pasan de ser mero estereotipo. La idea de que el hombre es más lógico y más agresivo que la mujer, y la otra creencia de que la mujer es más emocional que el hombre, por ejemplo, pudieran ser atribuciones de tipo social y no verdaderas diferencias debidas a factores biológicos. (Para una discusión al respecto, véanse DeLora y otros (1980) y Cox (1981).

### **Sexo, desarrollo y etiquetas**

El sexo biológico en cierto modo pone límites a lo que podemos aprender vía entrenamiento social al mismo tiempo que define de manera bastante ajustada la forma como cada sexo debe llenar ciertos roles sociales. Pareciera que para cada sexo algunas actividades resultan más fáciles de aprender que otras. Y ello conduce a la idea de que hay asuntos que son 'naturales' en las hembras y otras que son 'naturales' en los machos. El problema es que el sexo asignado al nacimiento no siempre es consistente con lo que más tarde debe ser considerado socialmente "natural". A veces ocurren desviaciones de los patrones sociales que suelen originar problemas de identidad genérica bastante graves. Ocasionalmente, por ejemplo, y como resultado de algunos desbalances hormonales, una hembra genética (de cromosomas XX) puede nacer con genitales de apariencia masculina... O al revés. Tal vez por eso los padres se afanan tanto en proponer estilos de crianza y modelos conductuales que orienten a los niños a ser propiamente 'machos' o propiamente 'hembras', siguiendo las esquematizaciones culturales de rigor.

Cuando se castiga a una niña por andar jugando con armas o a un niño por entretenerse con muñecas, en realidad estamos enseñando a conducirse femenina o masculinamente, de tal modo que no haya lugar a dudas acerca de lo que es considerado "natural"... En todo caso se trata de definir la identidad genérica (concientización y aceptación del propio sexo) que irremediamente deberá corresponder con ciertos roles y conductas socialmente aceptadas como propias de hembras y varones\*.

Una vez que el niño es etiquetado como perteneciente a un sexo o al otro, las personas a su alrededor comienzan a responder diferencialmente a partir de la consideración de la etiqueta y sobre la base de las expectativas socioculturales y los estereotipos dominantes sobre el género. El niño rápidamente aprende a categorizar a otros como hembras o varones, y por observación revisa los rasgos asociados con la denominación genérica para luego asumir los formatos apropiados de conducta. Paralelamente deben ocurrir algunos cambios en el formato biológico que también van a estar asociados a esa denominación.

Aproximadamente a los 8 años de edad el varón secreta más andrógeno que estrógeno, ambos de origen adrenocortical, amén de que hay también contribuciones adicionales de testosterona de parte de los testículos. A los 13 años, más o menos, surge el efecto estimulante de la hormona gonadotrópica sobre los testículos, generando así la producción de hormona testicular en tales cantidades que, a los 16, alcanza su límite de secreción máxima. El estallido en la producción de andrógenos promueve el crecimiento y desarrollo de las estructuras sexuales reproductivas, además de que intensifica el deseo sexual y promueve la emergencia de las características sexuales secundarias. Los altos niveles de andrógeno se asocian con la producción de células espermáticas maduras, de modo que a esta edad el joven ya está preparado para la reproducción.

En el caso de la niña, aproximadamente a los 11 años comienza una mayor secreción de estrógeno que contribuye al desarrollo de las estructuras reproductivas y promueve el deseo sexual. La producción de estrógeno estimula la aparición de los caracteres sexuales secundarios (contornos corporales, vello púbico y la formación de una capa de grasa bajo la piel). Más o menos a los 13 años ocurre la menarquia y ya a los 16 la secreción de estrógenos alcanza su máximo nivel. Este nivel baja a partir de la ovulación hasta alcanzar su punto mínimo durante el sangramiento menstrual. Andrógenos y estrógenos son factores muy importantes en el deseo sexual humano. Cuando las estructuras sexuales maduran durante la adolescencia, ocurre un incremento notable en la secreción de andrógenos en el varón y de estrógenos en la hembra. Si, por alguna razón, tales secreciones no aumentan, el deseo sexual no logra pleno desarrollo.

Durante la niñez la familia es la influencia socializadora primaria, y a medida que la competencia cognitiva del niño se hace más eficiente, los padres suelen dar especificaciones muy concretas acerca de las exploraciones y manipulaciones de tipo sexual que pueden realizarse. La mayor parte de las veces tales especificaciones no son bastante claras y generalmente se refieren al aspecto moral de las conductas. De modo que siempre habrá en el niño terreno muy fértil para la fantasía sexual y problemas muy serios para la toma de decisiones en esa materia. Es obvio que durante la niñez se fundan las bases del desarrollo sexual posterior, se adquiere la identidad

---

\* El **sexo** es un término biológico que nos dice si somos machos o hembras, dependiendo de los genes y de los órganos sexuales externos. El **género** es una noción psicológica y cultural que se refiere a nuestros propios sentimientos de masculinidad o feminidad (identidad genérica). El género también se refiere a la evaluación social de la conducta como masculina o femenina (papel genérico). Es perfectamente posible ser genéticamente de un sexo y tener la identidad genérica del otro. Es el caso de los individuos que nacen con estructuras reproductivas ambiguas (hermafroditas anatómicos). Entre los transexuales muy a menudo se oye la declaración de "sentirse atrapado en el cuerpo incorrecto". El transexualismo en realidad es un 'desbalance' entre el sexo y la identidad genérica (véase Money & Ehrhardt, 1972).

genérica, se concientiza el carácter heterosexual de las relaciones románticas y conyugales, y se adquieren los rudimentos morales básicos sobre el comportamiento sexual.

Con la pubertad aparecen los caracteres sexuales secundarios y ocurre un incremento en las connotaciones y significados asociados con el sexo. Además de que el crecimiento se acelera y están ya fundadas las bases de la capacidad reproductiva, convencionalmente se acepta (aunque no es del todo correcto) que el período está señalado por la menarquia en la hembra y la primera eyaculación en el varón\*. El niño se hace mucho más consciente de los alcances reales de la actividad sexual e inicia actividades sociales de naturaleza sexual muy acentuada (flirteo, enamoramiento, besuqueo). Aparecen abiertamente los esquemas de selección socialmente definidos, que terminan siendo parte integral de un proceso que es fundamentalmente biológico.

Los romances en realidad representan un componente básico en el paso desde la 'homo' sociabilidad infantil a la 'hetero' sociabilidad adolescente. Puede observarse una verdadera transición desde los roles de la niñez, que enfatizan sumisión, obediencia y asexualidad a otros que destacan la dominación, la responsabilidad y la sexualidad. Durante la pubertad las presiones hacia el desarrollo sexual son, además de biológicas, también sociales. En la adolescencia temprana el aspecto más relevante del desarrollo es la aparición de la identidad sexual, noción que incluye el conocimiento del propio cuerpo y de su funcionamiento, además del sentido de la atracción hacia otros y una autoimagen de franca connotación sexual. La identidad sexual es un producto social derivado de la interacción con otros, quienes evalúan nuestra popularidad y atracción (Escalante, 1998).

Conforme al patrón social corriente, es en esta etapa que el varón inicia acciones de legítimo contenido sexual mientras la hembra suele proponer los límites conductuales a las mismas. Es precisamente durante la adolescencia que las personas aprenden las normas elementales que definirán más tarde los patrones de la intimidad física. Ese aprendizaje asume distintas perspectivas dependiendo del sexo. Para los varones adolescentes, el interés fundamental será el placer físico derivado de la actividad sexual, de modo que las aproximaciones se producen desde una perspectiva recreacional. Para las hembras adolescentes, el interés consiste en desarrollar relaciones románticas y casarse, de modo que su perspectiva es explícitamente relacional (Gagnon, 1973).

Es obvio que puntos de partida tan distintos produzcan considerable conflicto sobre la definición de relaciones sexuales apropiadas. Por lo demás, no debe olvidarse que durante esta época hay un notable decremento en la influencia parental sobre los jóvenes y un incremento en la orientación hacia los compañeros. Algo que los jóvenes buscan permanentemente es feedback acerca de los niveles reales de popularidad y atracción, de modo que no resulta nada raro que en el proceso decisional sea muy importante la influencia del grupo, especialmente si se toman en cuenta los altos grados de segregación etaria observable entre nosotros.

### **Teorías sobre la identidad genérica**

Cada uno por su lado, el psicoanálisis, el aprendizaje social y la teoría del desarrollo cognitivo ofrecen sendas explicaciones sobre la adquisición de las conductas sexuales. Debido a la complejidad de los procesos del desarrollo humano, no es bueno afiliarse definitivamente a ninguna de las tres posiciones. La verdad es que para explicar algo tan complejo como la conducta sexual en los humanos, se hace necesario una combinación de puntos de vista

---

\* Según Kinsey y otros (1948) entre machos fisiológicamente normales la eyaculación más temprana ocurre a los 8 años y la más tardía a los 21. Noventa por ciento de los varones han tenido esta experiencia entre los 11 y los 15 años, con una edad promedio de 13 años y 10.5 meses. Aparentemente, este fenómeno puramente biológico, tiene implicaciones de naturaleza socioeconómica: en el grupo educacionalmente más bajo, la edad promedio es de 14.6 años...

inclusivos de los diferentes aspectos biológicos, ambientales y cognitivos que tienen que ver con el asunto.

El **psicoanálisis** (Freud, 1905) destaca los factores biológicos en la explicación de la conducta sexual y enfatiza la noción de identificación parental. A partir de la resolución del complejo de Edipo (cuestión que debe acaecer a los 5-6 años) el niño desarrolla un apego erótico hacia el progenitor del sexo opuesto, y sentimientos de agresiva rivalidad hacia el padre del mismo sexo. Se asume que en el proceso deben surgir deseos incestuosos productores de ansiedad y culpa, además de que para los varones el padre es visto como una amenaza para el pene (miedo a la castración) y para las hembras la madre es considerada como la responsable de su ausencia (envidia del pene). Una vía para allanar los niveles de ansiedad resultantes es establecer una alianza (identificarse) con el presunto agresor, esperando más tarde disfrutar de las mismas prerrogativas...

La verdadera diferenciación sexual entre hembras y varones ocurre en la etapa fálica. El centro de las fantasías sexuales para el niño a este nivel es el pene y para las niñas es el clítoris. Fundamentalmente debido a su temor a la castración, el niño reprime sus deseos por la madre al mismo tiempo que suaviza el miedo y la hostilidad hacia su padre. La rivalidad que siente por el padre es reemplazada identificándose con él y asumiendo sus valores, con lo cual se forma el reservorio de valores morales que es el superyo. La identificación constituye la resolución del complejo de Edipo. Pero si los componentes femeninos de su personalidad son muy fuertes, el niño puede identificarse con la madre y el resultado será una orientación homosexual.

En el caso de las niñas, la primera reacción ante el traumático descubrimiento de la falta del pene es la negación. Pero el hecho debe ser enfrentado más tarde o más temprano cuando descubre que su madre y otras hembras comparten el mismo defecto. Debido a que la niña responsabiliza a la madre por la "pérdida", y puesto que también la madre carece de un pene, Freud asegura que ocurre una profunda subvaloración de la madre y de todas las hembras ante los ojos de la niña (y por supuesto también ante el varón). La hembra empieza a ver a los varones con gran envidia y se une a ellos en su desdén por las mujeres.

El descubrimiento de la castración inicia el complejo de Electra en la niña. Y la envidia del pene la conduce a renunciar a su amor por la madre para volverse hacia el padre. Al mismo tiempo renuncia al clítoris y su interés erótico se centra en la vagina. El interés por el padre se origina en su deseo de poseer su pene, cuestión que, según Freud, coloca a la niña en un plano de competencia inconsciente con su madre. Lo importante en todo esto desde el punto de vista del desarrollo sexual de la niña es el cambio desde el clítoris a la vagina. Freud piensa que el clítoris es 'masculino' y la sexualidad relacionada con él debe ser eliminada si es que se quiere lograr el desarrollo de una feminidad madura...

En los varones el miedo a la castración es más fuerte que la envidia del pene en las hembras. El niño imagina que merece ser castigado por su deseo de la madre y que el castigo debe procurarlo el padre, que es la parte ofendida, asumiendo que al ser castigado habrá daño genital (castración). Por lo demás, el niño descubre que las niñas carecen de pene y su temor a perder el suyo resulta substanciado. Los críticos de Freud afirman que desarrolló su teoría desde un punto de vista masculino y desde allí realizó la extrapolación para describir a la mujer. De todos modos, la teoría propone que la identidad sexual masculina es mucho más fuerte que la femenina, que la identificación es un aparte crucial en el desarrollo de la personalidad, amén de elemento crítico en el proceso de ajuste saludable, y que la secuencia del desarrollo va desde lo puramente innato y biológico hasta la adopción de conductas sexuales estereotipadas, pasando por la concienciación de diferencias sexuales anatómicas.

La teoría del **aprendizaje social** ofrece profundos contrastes con el psicoanálisis en la conceptualización de la identidad genérica. Mientras la teoría psicoanalítica orienta sus

proposiciones desde una perspectiva biológica, afirmando que la identidad genérica es una construcción innata, el aprendizaje social la analiza como el producto de varias formas de aprendizaje, enfatizando el papel desempeñado por el ambiente en el desarrollo de la sexualidad infantil. Los papeles sexuales del niño y la niña son derivaciones directas del tratamiento diferencial ofrecido a cada sexo y de las recompensas y castigos que suelen acompañarlo. Y el aprendizaje fundamentalmente se realiza vía imitación (Bandura, 1971, 1977).

Según la teoría se imitan más consistentemente los modelos más fuertes y protectores. Y los modelos más semejantes. Por esta razón el niño tiende a imitar al progenitor del mismo sexo, y ello deriva en el aprendizaje del patrón sexual apropiado ("Puesto que hago cosas de niña, entonces debo ser una niña"). Para los varones resulta bastante más difícil la adquisición de los patrones conductuales apropiados debido a que el padre suele estar mucho tiempo ausente del hogar y sus modales masculinos no son directamente observables. Por eso se ven forzados a adoptar una identificación un tanto abstracta con el patrón masculino. Y como efecto de ello se sugiere que la identificación del hijo con su padre es cualitativamente diferente de la identificación de la hija con su madre (Lynn, 1974). Esa temprana abstracción puede ser la responsable de las diferencias cognitivas entre sexos y pudiera explicar la notable afiliación del varón a patrones masculinos de alta definición cultural.

Aceptando que una gran parte del aprendizaje se realiza vía imitación y refuerzo, es necesario admitir que esta teoría no puede ser la única explicación en el desarrollo de la identidad sexual. Primero, porque la misma asume que el niño es un elemento bastante pasivo en el proceso de aprendizaje. Y segundo, porque no es del todo pensable que los padres anden deliberada y consistentemente reforzando o castigando cada trozo de conducta emitida por el niño sobre la base de una clara pertinencia con relación al sexo biológico. Hay muchas cosas que los niños hacen "como si fueran niñas" pero eso de ninguna manera altera el patrón sexual genérico correspondiente.

Por lo demás, la teoría a veces exagera y otras veces simplifica el proceso de imitación. Ciertamente el niño imita las conductas del padre, pero siempre y cuando esas conductas correspondan realmente con las de otros individuos del mismo sexo. Establecer la diferenciación requiere del niño cierta capacidad de abstracción que, a su vez, exige un notable grado de desarrollo cognitivo. Lo anterior simplemente indica que la edad es muy importante en el proceso de adquisición de la identidad genérica. La teoría del aprendizaje social asume que habrá un incremento en la fuerza de los estereotipos sexuales con la edad debido a que la exposición a los mismos también aumenta. Pero parece que la conducta sexual estereotipada es especialmente pronunciada entre los 4-5 años, después de cuya edad la expresión de conductas sexuales apropiadas se hace menos rígida, especialmente entre las hembras (Perry & Bussey, 1979).

En la adquisición de las nociones de diferenciación sexual es necesario considerar las habilidades cognitivas de los niños, intentando plantearlas como mediadoras básicas de todo el proceso. Los apartes teóricos del **cognitivismo** propuestos por Kohlberg (1966), afianzados en la teoría del desarrollo cognitivo de Piaget (Escalante, 1991) están encaminados en esa dirección. La argumentación en tal sentido plantea que el modo como el niño aprende ciertos papeles sexuales derivados de una cierta identidad genérica depende de su nivel de comprensión que haya logrado del mundo. La identidad genérica gradualmente empieza a establecerse alrededor de los 2 y medio a tres años, cuando el niño ya puede clasificar su propio sexo con bastante seguridad.

De acuerdo a Kohlberg (1966) el niño primero debe ser capaz de identificar el sexo de otros correctamente y debe haber aceptado la constancia de identidad genérica para sí y para otros antes de que el género pueda servir como organizador cognitivo. En general puede decirse

que antes de los 5 años no hay una verdadera identidad genérica y existe en el niño la flexibilidad conductual necesaria para ser socializado como varón o como hembra\*. La internalización de una identidad genérica realmente consistente aparece a los 6 años (Kohlberg, 1966; Thompson y Bentler, 1971) junto a una serie de estereotipos sobre papeles masculinos y femeninos que se convierten en el centro organizador de futuras referencias conductuales.

Los teóricos cognitivistas normalmente asumen que la emergencia inicial del género es una categoría social importante que resulta no de la dinámica psicosexual o del impacto de los modelos externos, sino del sistema cognitivo infantil. La concreción del pensamiento infantil a esta edad lleva a los niños a centrarse en ciertas señales físicas fácilmente comprensibles (edad, raza, estatura, género) que, utilizadas solas o en combinación, sirven para clasificar a las personas. El género, por ejemplo, es asociado con características como longitud del cabello, estructura corporal, vestido y forma de los genitales para determinar la identidad genérica. Por lo demás y a sabiendas de que el género es una dimensión culturalmente obvia muy empleada en la categorización de la conducta humana, el niño aprenderá a emplearla como base para la fundación de estereotipos tempranos relacionados con la conducta de ambos sexos.

Cuando el niño reconoce que la gente puede ser clasificada sobre la base de su género, lo que sigue es la formación de esquemas útiles en la interpretación y predicción de la conducta, al mismo tiempo que deberán desarrollarse expectativas basadas en las categorías que han sido reconocidas. Es así como deben surgir los estereotipos sexuales, fundados tanto en procesos cognitivos como en esquemas de socialización externos. La generación de los estereotipos deben ser la base para acelerar la aparición de preferencias asociadas con cada uno de los sexos, una de cuyas consecuencias debe ser el modelamiento de conductas sexualmente 'apropiadas' y un sistema diferencial de respuesta frente al sinnúmero de intervenciones foráneas moduladas en términos de recompensas y castigos.

La conclusión?. Las teorías indicadas a veces hacen predicciones similares, solo que basadas en distintas razones. Todas coinciden en el señalamiento de que el aprendizaje de la identidad genérica ocurre en la vida temprana del niño, pero los factores causales no son siempre los mismos... Unas veces se destaca el papel jugado por el niño, otras veces lo social es relevante y otras veces lo relevante es la biología. Lo que realmente queda claro es que ninguna teoría cubre el complicado proceso en su totalidad\*. Pero es cierto que las relaciones personales próximas con los progenitores conducen sin lugar a duda a la adopción de ciertos modelos y/o esquemas regularmente definitorios. Y eso convierte a la noción de identificación en una noción útil. También es cierto que los esquemas de refuerzo sobre conductas sexuales aceleran en gran medida la adquisición temprana de papeles sexuales diferenciados. Esto otorga validez a los postulados centrales de la teoría del aprendizaje. Y puesto que todos los estímulos deben ser interpretados por el niño antes de que puedan tener algún impacto en su conducta, es normal acceder a las nociones elementales del cognitivismo como explicación de los procesos mediadores en la adquisición de la identidad genérica.

---

\* En la adquisición de la identidad genérica el niño desarrolla ciertas preferencias y al mismo tiempo concientiza los roles asociados con su sexo. Una niña debe preferir los objetos, las conductas y los estereotipos vinculados a su género e incorporarlos a su modo de ser si es que quiere ser femenina. Según el cognitivismo hay ciertas características del sistema cognitivo infantil que facilitan esa adquisición. Una de tales características es el egocentrismo, estilo de pensamiento que conduce al niño a ver al mundo en referencia a sí mismo y a evaluar a los otros sobre la base de tales referencias. Según esto hay en el niño la creencia de que el propio sexo es el sexo 'standard' o sexo 'bueno' mientras el sexo opuesto es visto como una desviación (Basow, 1980).

\* Lo que debiera lograrse es una teoría comprensiva que elabore los puntos de vista coincidentes y los integre. Kagan (1964) parece realizar este intento integrador, pero su posición resulta demasiado esquemática y poco útil para explicar la conducta global y generar predicciones. Katz (1979) propone un modelo sobre la adquisición de la conducta sexual como proceso gradual que se inicia en la infancia y continúa a lo largo de la vida y que está formulado en tres niveles. El modelo no aclara suficientemente bien de qué manera ocurre todo el proceso durante los ocho primeros años de la vida.

## Valores sociales y sexo

Históricamente (tal vez por aquello de la mayor asertividad) han sido los varones quienes hacen su debut más temprano en asuntos sexuales. Las estimaciones para USA (décadas del 40 al 60) indican que de uno a dos tercios de los jóvenes menores de 18 años ya eran sexualmente activos. Entre 1938 y 1950 aproximadamente un 7% de las muchachas blancas de 16 años ya habían tenido relaciones sexuales. Para 1971 esa cifra representa un tercio de la población de igual edad, y en 1982 la cifra se eleva a un 44%. Los datos para 1983 indican que en la población blanca el 60% de los varones han tenido relaciones sexuales a los 18 años y el 60% de las hembras a los 19. En la población negra la edad del debut es a los 16 años para el 60% de los varones y a los 18 para el 60% de las hembras (Brooks-Gunn y Furstenberg, Jr., 1989).

Es evidente que han habido cambios graduales en relación con valores y actitudes hacia al sexo después de los años 60. Y que la mayor aceleración en el cambio ha ocurrido en las últimas 2 décadas. Mucho de los cambios ocurridos permanecen. Pero otros más radicales han sido abandonados porque una gran mayoría los considera inaceptables. Algo que sí permanece en casi todas las culturas es que el rol dominante en la determinación del patrón de interacción social casi siempre corresponde al hombre, a quien se considera el 'experto' en sexo y quien siempre sabe qué hacer durante el coito. Esta suele ser una creencia todavía muy generalizada en la sociedad occidental, a pesar de los hallazgos de Masters y Johnson (1970) y Hite (1976), quienes parecen demostrar que la tan cacareada 'revolución' sexual en realidad es una simple cuestión de **más sexo**, pero no de **mejor sexo**...

El sexo y la sexualidad asumen nomenclaturas que varían entre una sociedad y otra. Y el asunto comienza cuando se establece lo que es deseable y aceptable como "femenino" o como "masculino", fijando de este modo los esquemas de socialización para hembras y varones. Ya estamos bastante familiarizados con el esquema occidental según el cual las mujeres deben ser poco asertivas y protectoras y los hombres muy asertivos y dominantes.

Resulta evidente que cada sociedad estructura y moldea la conducta sexual y genérica de sus miembros desde el momento del nacimiento. En el ambiente social hay una provisión enorme de modelos, reglas, normas, tabúes, costumbres y sanciones diseñadas para guiar el desarrollo social de la conducta individual. Lo normal es que cada modelo o regla formen parte de una matriz social que las define como 'buena' o 'mala', a partir de lo cual simplemente se está regulando su ocurrencia. Hay grupos humanos que asumen a la sexualidad como algo básicamente pecaminoso. Otros grupos la consideran sencillamente hermosa. Dependiendo de la creencia básica, cada individuo internalizará sentimientos y actitudes cambiantes en relación con el sexo y sus funciones.

Cuando se compara el comportamiento sexual de la gente de hoy con el comportamiento observado por nuestros abuelos, lo primero que se nota es que, afortunadamente, la cultura no es algo estático. Y que a lo largo del tiempo han ocurrido grandes variaciones tanto en el comportamiento sexual como en las actitudes sobre la sexualidad. Algunos sectores sociales continúan siendo bastante restrictivos, pero en general puede decirse que entre nosotros está ocurriendo una especie de 'revolución' sexual similar a la que ya ocurriera en los Estados Unidos en los años 60. Ya no se enfatiza tanto la noción de virginidad y se acepta mucho mejor la exploración sexual entre parejas antes del matrimonio. El desarrollo de mejores técnicas anticonceptivas permite una mayor libertad para disfrutar del sexo sin el temor al embarazo. Y en los medios masivos de comunicación el sexo es tratado como un aspecto normal más de la conducta, sin la intolerancia de antes. Infortunadamente tales cambios ocurren en medio de la peor crisis económica y moral que se recuerda, y ello seguramente incidirá en la generación de algunas 'desviaciones' acerca de las cuales posteriormente la familia venezolana tendrá que argumentar con mucha fuerza para poder justificarlas.

La verdad es que a medida que las sociedades cambian y se hacen más complejas, las ideas sobre el sexo parecen simplificarse. Pero independientemente de los cambios logrados, algunos aspectos permanecen inalterables, muy a pesar de la liberalización de las costumbres y de la fuerza adquirida por el movimiento feminista a nivel mundial. La virginidad sigue siendo un asunto solamente recomendable a las "buenas" muchachas. Pero nadie espera que los muchachos permanezcan castos hasta el día del matrimonio. Una buena parte de los padres recomendarían el sexo premarital para los hijos pero no para sus hijas.

De todos modos la frecuencia de la virginidad prematrimonial sigue disminuyendo, lo cual de ninguna manera significa que el sexo premarital ha logrado plena aprobación social sino que (particularmente entre la gente joven) ha calado bien la idea de abordar el sexo desde la perspectiva recreacional. Y este es otro problema porque generalmente es el varón quien logra más satisfacción en la relación sexual y, también, son las mujeres quienes, debido a la alta incidencia de eyaculación precoz, terminan teniendo muy serias dificultades para alcanzar el orgasmo (Shaver y Freedman, 1976) lo cual las inhibe del disfrute de satisfacciones parecidas.

En muchos aspectos la cacareada revolución sexual acodada al feminismo solamente ha servido para afianzar el sexismo. Se produjo, además, una severa división de los estereotipos sociales de tipo sexual y es muy poco lo que se ha logrado en la eliminación de la discriminación de la mujer en el plano profesional y laboral. La pura verdad es que los dos conceptos básicos que han mantenido el sexismo en pie en todas las épocas y en todas las culturas (los hombres son más importantes que las mujeres y las mujeres existen para complacer y servir a los hombres) no parecen haber sido sustancialmente modificados (Freeman, 1975).

Observado con relativa parsimonia, el objetivo del movimiento feminista pareciera ser doble: por un lado, se desea erradicar el sexismo y por el otro se busca imponer con verdadera fuerza los conceptos de igualdad y liberación. Lo primero quiere decir igualdad entre sexos y eliminación de papeles diferenciales. Lo segundo quiere decir que puesto que los papeles sexuales son altamente restrictivos, los mismos necesariamente deben cambiar... En muchos centros urbanos, sin embargo, pareciera que todo el cambio deseado se redujo a un "cambio en los patrones de dominación". Tal vez por eso a comienzos de los años 70 comenzó a generarse el movimiento de liberación masculina que lucha por los derechos legales y sociales del hombre mediante libros, revistas, conferencias, investigación, etc., con un interés centrado en el tipo de cambios que los hombres buscan y cómo tratar de conseguirlos (Tolson, 1977). Ambos movimientos lucen bien afianzados y solamente queda por ver si el resultado no serán nuevos estereotipos...

### **El matrimonio como proyecto social**

El matrimonio es un contrato legal basado en doctrinas legales que han variado poco en los últimos 30 años. Tal como ha sido conocido entre nosotros, el nexo matrimonial supone una serie de relaciones harto complicadas y de las cuales la que sale peor parada es la mujer. Luego de establecido el contrato la mujer pierde su existencia legal para pasar a ser una especie de extensión de la voluntad y los deseos del esposo. El asunto se inicia cuando la mujer toma para sí el nombre del marido y su lugar de residencia y además se compromete a proveer los servicios domésticos sin esperar a cambio ninguna clase de compensación económica. Tampoco recibe compensación alguna por los servicios sexuales que ofrece, habida cuenta que el marido está legalmente autorizado para disfrutar de ellos. El esposo, por su parte, se compromete a ofrecer abrigo, alimentación y vestido para la esposa y los hijos en un todo de acuerdo con sus posibilidades. La esposa no suele tener derechos legales sobre los ingresos del marido y tampoco puede decidir acerca de cómo deben ser gastados (Friedan, 1963).

La verdad es que, visto sin anteojeras, la mayor parte de las veces el matrimonio suele ser una vulgar operación de intercambio en la cual la mujer ofrece cuidados domésticos y sexo a condición de que sus necesidades básicas sean satisfechas... Es probable que (especialmente en

comunidades de escaso desarrollo) la raíz del problema sea la subordinación de las esposas, expresable en la diferenciación cultural de esferas de actividad asignables a hombres y mujeres (Véase Russo, 1979 y Oakley, 1975).

Es obvio que cuando los jóvenes deciden casarse otorgan escasa consideración a las implicaciones legales de la asociación. El amor romántico, acompañado de atracción sexual, es altamente selectivo y no deja mucho espacio para la libre asociación de ideas... Y muy a pesar de los grandes esfuerzos realizados en casi todas partes por los movimientos feministas para otorgar igualdad a ambos socios en el matrimonio, la situación en realidad ha cambiado poco en el mundo, y muchísimo menos en el Tercer Mundo. Sin mencionar, por supuesto, los numerosos casos en los cuales la mujer es la que trabaja, provee abrigo, alimentación, vestido y servicios y encima de eso también mantiene a su marido, quien, por un cierto monto mensual, tiene perfectamente garantizada la satisfacción de sus necesidades básicas... Claro que ya no se puede vender la casa o los enseres familiares sin contar con la autorización del o la cónyuge, como solía ocurrir hace unos años. Pero de todos modos el compartir el poder y la toma de decisiones sigue siendo un asunto pesado en la mayoría de los casos, y las leyes de liberalización del divorcio parecen todavía muy complicadas.

Por lo general el matrimonio está basado en el amor romántico, una fuerte atracción sexual y la idealización del compañero. Pero ya pasaron los tiempos en que podían constituirse compromisos a largo plazo con apenas esos fundamentos. La historia del príncipe azul que encuentra a la princesa (seguramente de color cobrizo) y deciden reunirse para vivir felices por siempre, no deja de ser sino una simple historia poco confiable y convincente. En el matrimonio la compañía debe ser más importante que el servicio. Y la honestidad, el respeto y la tolerancia deben ser mejor valuados que el salario o la profesión de uno o ambos cónyuges. Permanecer juntos en el mismo barco para lograr mutuas ventajas probablemente conduzca al éxito, a condición de que ninguno de los dos asuma el papel de vivir para el otro. Cuando esto último ocurre, ocurren también desilusiones y generalmente el resultado es el hundimiento en aguas encrespadas...

El punto de vista tradicional acepta que el matrimonio y la crianza de hijos son los objetivos fundamentales en la vida de toda mujer. Las dos cosas resultan a la larga demasiado complicadas, pero los muchachos siguen proponiendo matrimonios sin siquiera darse cuenta de sus implicaciones verdaderas... Un breve examen a las tasas de divorcio en los Estados Unidos indican una tendencia creciente de un 10% anual, mientras que el número de parejas casadas de menos de 45 años ha aumentado sólo 1% al año. El porcentaje de mujeres jóvenes casadas ha declinado desde un 63.3 % en 1950 hasta un 54.4 % en 1974. Para 1975, el 49 % de los hombres y el 67 % de las mujeres eran todavía solteros a los 21 años (Basow, 1980).

A medida que pasan los años el matrimonio parece estar siendo pospuesto por muchas más personas, además de que cada vez es mayor el número de personas que deciden vivir juntos sin pasar por el matrimonio. Por lo demás, ha ocurrido una cierta liberalización de las leyes de divorcio, y las mujeres suelen ser mucho más autónomas financieramente. De una manera o de otra, la gran mayoría de quienes se divorcian vuelven a casarse, especialmente los hombres, tal vez porque no desean asumir a plenitud la responsabilidad con relación a los hijos o porque ya no están limitados como antes cuando se les obligaba a asumir el apoyo financiero de los hijos. Conforme a la mayoría de las nuevas legislaciones ese apoyo suele ser compartido entre la pareja divorciada.

Otro de los elementos destacables en la relación matrimonial es la actitud del hombre frente a la esposa trabajadora. La idea básica detrás del matrimonio es que cuando la esposa tiene una profesión, la misma debe ser secundaria con relación a la carrera del esposo. Y si hay hijos, ellos deben ser responsabilidad de la mujer, lo cual supone su retiro forzoso -y a veces definitivo- de la fuerza laboral. Afortunadamente en la dos últimas décadas han ocurrido grandes

cambios en los papeles tradicionales de las amas de casa. Especialmente debido a las mejoras logradas en la industria manufacturera de equipos hogareños y a la multiplicación de alimentos de rápida preparación, el trabajo de la casa consume menos tiempo. También ha disminuido el número de hijos y han aumentado los hogares de cuidado diario (Lewis, 1978) lo cual supone mucho más tiempo libre en el hogar para la esposa.

El único problema es que todo esto apenas tiene sentido probablemente para una cuarta parte de la población, de modo que los cambios, cualesquiera que ellos han sido, no pueden ser admitidos como benignos para la población en general. Las madres campesinas y las madres residentes en las barriadas obreras, siguen viviendo igual y recibiendo tratamientos casi iguales a las madres de comienzos de siglo. Por lo demás no es nada raro encontrar en los estratos sociales superiores situaciones en las cuales la educación de la esposa es vista como un lujo, útil para la provisión de contribuciones estéticas y decorativas para la familia, rellena con labores de algún tipo normalmente al servicio de organizaciones voluntarias.

Así, en lugar de obtener logros en el mundo exterior ejerciendo una profesión o desempeñando un trabajo significativo, las esposas parecen estar acostumbradas a obtenerlos en actividades sociales de diferente naturaleza. La educación en muchos de estos casos está simplemente dirigida a la creación de mejores mamás o compañeras más interesantes. Y a fin de cuentas, las esposas generalmente suelen adquirir un estatus que es dependiente del estatus del esposo o de los logros alcanzados por los hijos.

El estado civil de la persona suele dar origen a estereotipos comúnmente difundidos entre la gente. Convencionalmente se afirma que estar casado es el estado civil ideal y es muy probable que la afiliación a esa creencia en gran parte determine que, especialmente los divorciados, vuelvan a casarse pronto, generando con ello habladurías y condenaciones de toda clase. Lo realmente cierto es que las necesidades sexuales son iguales para casados, divorciados, viudos o solteros y muy importantes para la salud mental de todo el mundo. Lo que varía son las situaciones sociales. Si el matrimonio termina en divorcio hay una disrupción sexual por cierto tiempo. Y hay, también, la sensación de haber fracasado en el mantenimiento de una relación que, por lo menos, debía garantizar proximidad emocional. Es normal que los divorciados busquen alguna clase de compensación por la privación sexual que sufren y que traten de aliviar su maltrecho ego hallando algún encuentro sexual satisfactorio.

Los datos de los años 70 suelen indicar que el celibato entre personas divorciadas es mas bien raro. La frecuencia del coito para hombres divorciados es más alta que para casados de la misma edad. Y para mujeres divorciadas, esta frecuencia es casi la misma que en casadas. Los divorciados suelen llevar una vida sexual muy activa, variada y satisfactoria, lo cual no quiere decir que su relación postmarital esté libre de problemas (Hunt, 1974). El divorcio es bastante traumático y puede conducir a mucha inseguridad en las relaciones sexuales posteriores. La relación contraída después de divorciarse puede estar signada por una carencia de verdadero compromiso emocional y por el temor de volver a caer en una relación desastrosa (véase más adelante el capítulo "Los hijos del divorcio").

La situación del viudo es diferente. Primero, porque no ha tenido que tolerar el proceso de rompimiento previo que ocurre durante el divorcio. Segundo, porque carece del sentimiento de fracaso experimentado por los divorciados. El viudo tampoco ha sufrido privación sexual muy prolongada antes de la muerte de su cónyuge, a menos que el fallecimiento haya ocurrido después de una larga enfermedad. Contrariamente a lo que ocurre en el divorcio, el viudo no siente hostilidad alguna hacia el cónyuge y más bien conserva fuertes nexos emocionales hacia él o ella en su memoria. Tales nexos seguramente van a ser un serio impedimento en la formación de una relación nueva, puesto que habrá una imagen exaltada del cónyuge perdido difícilmente equiparable. Muy a menudo los familiares y amistades ejercen cierta presión para que el viudo se

mantenga fiel hacia la persona fallecida. Y esto también ayuda a que los viudos y viudas sean personas con grandes vacilaciones en la búsqueda de nuevas relaciones...

Como de todas maneras siempre habrá gente que quiera casarse y el matrimonio perdurará como una forma de relación social en las décadas por venir, y como también del matrimonio van a derivarse niños y el rimero de complicaciones que ellos acarrearán, el libro incluye dos capítulos, uno de los cuales plantea las consecuencias que el divorcio tiene sobre los hijos y el otro examina lo relativo a la violencia familiar.

## Referencias

- Bandura, A. (1971). Analysis of modeling processes. **En** Albert Bandura (Ed.), *Psychological Modeling*. Chicago: Atherton, Aldine.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Basow, S. A. (1980). *Sex-role stereotypes: traditions and alternatives*. Monterey, Calif.: Brooks-Cole Publishing Co.
- Brooks-Gunn, J. y Furstenberg, Jr. F. F. (1989). Adolescent sexual behavior. *American Psych.*, 44, 2: 249-257.
- Cox, S. (1981). *Female Psychology* (2nd Ed.). N. Y.: St. Martin's Press.
- DeLora, J. S., Warren, C. A. y Rinkleib E. C. (1980) *Understanding human sexuality*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Escalante, G. (1991). *Aprender con Piaget* (2a. edición). Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes. Mérida, Venezuela: Editorial Venezolana.
- Escalante, G. (1998). *Temas de Psicología*. Mérida: Universidad de los Andes. CDCHT.
- Freud, S. (1905). Three contributions to the theory of sex. *En* *The basic writings of Sigmund Freud*. New York: The Modern Library.
- Freeman, J. (1975). *Women: A feminist perspective*. Palo Alto, Calif.: Mayfield.
- Friedan, B. (1963). *The feminine mystique*. New York: Dell.
- Gagnon, J. H. (1973). Scripts and the coordination of sexual conduct. *Nebraska Symposium on Motivation*. 21: 27-59. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Gregory, Richard L., (1987). *The oxford companion to the mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Hite, S. (1976). *The Hite report*. New York: MacMillan.
- Hunt, M. (1974). *Sexual behavior in the 1970's*. Chicago: Playboy Press.
- Kagan, J. (1964). Acquisition and significance of sex typing and sex role identity. **En** M.L. Hoffman y L. W. Hoffman (Eds.), *Review of child research*, (vol. 1). New York: Russell, p. 137-169.
- Katz, P. (1979). The development of female identity. *Sex Roles*, 5: 155-178.
- Kinsey, A. C., Pomeroy, W. B. y C. E. Martin (1948). *Sexual behavior in the human male*. Philadelphia: Saunders.
- Kohlberg, L. (1966). A Cognitive-developmental analysis of children's sex-role concepts and attitudes. *En* E. E. Maccoby (ed.), *The development of sex differences*. Stanford, CA., Stanford University Press.
- Lewis, W. (1978). Changes in women's role participation. **En** Frieze, I. H., Parsons, J. E., Johnson, P. B., Ruble, D. N. y Zellman, G. L. *Women and sex roles: A social psychological perspective*. New York: Norton.
- Lynn, D. B. (1974). *The father: His role in child development*. Monterrey, California: Brooks/Cole.
- Masters, W. H. y V. E. Johnson. (1970). *Human sexual inadequacy*. Boston: Little, Brown.
- Money, J. y Ehrhardt, A. A. (1972). *Man and woman, boy and girl*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Moyer, K. E. (1974). Sex differences in aggression. **En** Friedman, Richart y Vande Wiele (eds.), *Sex differences in behavior*. New York: Wiley.
- Oakley, A. (1975). *Woman's work: The housewife, past and present*. New York: Random House.
- Perry, D. G. y Bussey, K. (1979). The social learning theory of sex differences: imitation is alive and well. *J. of Pers. and S. Psychology*, 37: 1699-1712.
- Russo, N. (1979). The motherhood mandate. *Psych. of Women Quarterly*, 4 (1).
- Shaver, P. y Freedman, J. (1976). Your pursuit of happiness. *Psychology Today*, 10(3): 26-32.
- Thompson, S. K. y Bentler, P. M. (1971). The priority of cues in sex discrimination by children and adults. *Developm. Psych.*, 5 (2): 181-185.
- Tolson, A. (1977). *The limits of masculinity: Male identity and women's liberation*. New York: Harper & Row.